

La respuesta de Galindo se redujo á manifestar que no era él el comandante de la plaza sino Haro, y á trascribir una comunicacion de éste, en la cual, en medio de violentos desahogos contra el gobierno, se encontraban algunas esplicaciones sobre la conducta que el jefe de la revolucion habia observado el dia 8.⁵

Como Haro invocaba en este oficio el testimonio de Villareal sobre las circunstancias relativas al armisticio, el presidente dispuso que este general diera un exacto informe acerca de lo que habia pasado, y Villareal lo hizo, remitiendo una relacion de todas aquellas ocurrencias, casi igual en sustancia á la que de ellas se ha hecho ya en esta historia.⁶

La contestacion del caudillo rebelde no dejaba esperanza ninguna, y el tono de sus palabras daba bien á entender que contaba todavía con poderosos medios de resistencia. Dispuso, pues, Comonfort, que empezara el ataque, y que aquella misma noche se hiciera un vivo fuego de cañon sobre las líneas enemigas. Duró aquel fuego cuatro horas, y causó grandes es-

⁵ Véanse estas comunicaciones en el *Apéndice* bajo el Núm. XXXIII.

⁶ Véase el informe de Villareal en el *Apéndice*, bajo el Núm. XXXIV.

tragos, empezando desde entonces los muchos que sufrió la ciudad durante el sitio. A medida que éste se iba estrechando, iba haciéndose cada vez mas horrosa la situacion de los habitantes de Puebla. El sitiador mandó cortar el agua á los sitiados, y prohibió que entraran víveres en la plaza, al mismo tiempo que continuaban las hostilidades y que se avanzaban los parapetos, para cerrar por todas partes el perímetro que ocupaban los pronunciados.

Tenian por objeto aquellas medidas atemorizar á los sitiados y á los moradores pacíficos de la ciudad, para que los primeros se vieran obligados á rendirse, sin necesidad de vivos ataques que causaran mayores desgracias; mas no por esto dejaban de sufrir los de Puebla todos los horrores de aquella lucha, que diariamente se iba recrudeciendo, y no tenia trazas de acabarse sino entre lagos de sangre. Sitiados y sitiadores se acometian diariamente y se destrozaban de balcon á balcon, de azotea á azotea, de una acera á otra, estando á veces tan cerca unos de otros, por las horas de las que los segundos practicaban, que solo los separaba el grueso de una pared.

La obstinada resistencia de los sitiados se reveló bien tristemente en todos aquellos combates, pero con especialidad en los que tuvieron lugar con motivo del

convento de la Merced, cuyo punto se empeñaron en tomar los sitiadores, y defendieron con la mayor tenacidad los sitiados. Herido malamente Ghilardi el día 11 en la primera de aquellas tentativas, tuvo que retirarse sin lograr su intento; mas no por eso desistieron de su empeño los sitiadores, y despues de varios ataques, una fuerza de la brigada Caamaño, á las órdenes del coronel Torres, logró cortar el 18 toda comunicacion entre la plaza y el convento, dejando aislados á los que le defendian. De la plaza salieron fuerzas considerables en la noche del 19 á reforzar la Merced; pero lo intentaron en vano, porque fueron rechazadas despues de un combate sangriento. Eran 120 los hombres que allí estaban: carecian de víveres con que alimentarse; sus heridos, que eran muchos, no tenian quien los curara; se encontraban completamente aislados, sin esperanza de socorro, desfallecidos por el hambre, devorados por la sed: y sin embargo, no se rendian. En la mañana del 21 prendióse fuego al convento, que estuvo ardiendo todo el día, sin que sus defensores dieran la menor señal de flaqueza: á las ocho de la noche quisieron salir de allí, rompiendo la línea de enemigos que los rodeaba por todas partes, pero fueron rechazados. Obligados á permanecer en el edificio que ardia, todavía no cedieron, hasta que al fin, por no morir abrasados, enviaron á Comonfort al comandante Don Julian Perez para tratar de ren-

dirse, y lo hicieron el 22 á las dos de la mañana, ocupando en seguida el convento con 400 hombres el mayor general Alvarez.

Comonfort quiso ver á los valientes y honrarlos: acompañado de Villareal y de Moreno, pasó á la Merced; dió alimento y bebida á los rendidos que estaban sanos; mandó al hospital á los heridos; hizo apagar el incendio que por el edificio se propagaba: y á la vista de aquel ejemplo de constancia heroica, deploró con profunda amargura los efectos de la discordia civil, que tantas veces ha inutilizado las virtudes y el valor de los pechos mexicanos.

Los fuegos de cañon sobre la plaza continuaron con mas ó menos fuerza durante seis dias, hasta que el presidente mandó que cesaran del todo el 20 y el 21. Eran el Juéves y el Viérnes Santo. Respetáronse aquellos dias consagrados especialmente al recuerdo de la Redencion humana, y durante ellos puso en práctica el general sitiador cuantos recursos le sugirió su genio para poner fin á aquella guerra de esterminio. El cielo bendijo sus esfuerzos, y apartó ya desde entonces de la consternada ciudad el terrible azote con que la habia aflijido.

Entre las medidas dictadas por Comonfort para infundir un terror saludable á los habitantes y defenso-

res de la ciudad, con el objeto de que se rindieran sin efusion de sangre, una de ellas habia sido hacer venir de Veracruz cuatro morteros á la Gomer, del calibre de 32, con suficiente número de bombas, situarlos en el Molino del Cármen, y correr la voz de que iba á batir la plaza con aquellas formidables bocas de fuego. Aunque nunca fué su intencion hacer uso de unos medios tan destructores, los tremendos preparativos, unidos á la estrechura en que ya se veian los de la plaza, produjeron los efectos deseados. Atemorizáronse profundamente los habitantes: el obispo de la diócesis y los vice-cónsules de España y Francia, hablaron al jefe de la revolucion, y se dirigieron al presidente, aconsejando el primero que se entrase en negociaciones para un avenimiento, y solicitando los segundos una suspension de hostilidades para que sus conciudadanos pusieran á salvo sus personas é intereses.⁷

Pasaba esto el dia 21, al mismo tiempo que se colocaban en batería dos morteros de los cuatro que habian llegado. Por la noche Don Manuel Diaz de la Vega se presentó en el cuartel general con una comunicacion de Haro, que Comonfort no quiso recibir. El dia siguiente por la mañana, Don José Vicente Mi-

⁷ Véanse la comunicacion del obispo de Puebla y las de los vice-cónsules de España y Francia, y las respuestas que por orden del presidente se dieron, en el *Apéndice*, bajo el Núm. XXXV.

ñon llevó otro oficio de los generales Castillo y Güitian, en el que autorizaban al mismo Miñon á fin de que manifestase las razones que tenian para no entrar en ningun arreglo á no ser por conducto de su primer caudillo. Comonfort recibió á Miñon con su genial cortesía, pero con visible desagrado, y respondió secamente que con Haro no se habia de tratar. Entonces fué cuando Haro dirigió una carta á los generales Güitian y Castillo, manifestándoles que, pues su persona era obstáculo para entrar en un avenimiento que libertara á la poblacion de los horrores de la guerra, él resignaba el mando y se retiraba.

A consecuencia de esto, recayó el mando de las fuerzas sitiadas en el general Oronoz, quien pasó una comunicacion á las nueve de la mañana al presidente, participándole que habia nombrado á dos generales para que en union del Lic. Almazan, gobernador del Estado por la revolucion, se presentaran en el lugar y á la hora que el mismo Comonfort señalase, con el fin de arreglar el parlamento. Eran las nueve de la mañana cuando se recibió esta comunicacion en el cuartel general. Ya entonces habia dispuesto el presidente que hubiera una suspension de hostilidades hasta las doce, con el objeto de que pudieran salirse de la plaza los que quisieran hacerlo; pero al ver que el paso de Oronoz daba esperanzas de una pronta solu-

cion pacífica de todas las dificultades, concedió un armisticio hasta las cinco de la tarde, y así se lo hizo saber al jefe de la plaza, manifestándole que la conferencia propuesta podía tener lugar entre las doce y las cuatro de la tarde, en la casa del Licenciado La Rosa, frente al convento de la Soledad.⁸

A las doce se dió en la plaza el toque de parlamento, y poco despues se reunieron en el punto indicado los comisionados por una y otra parte. Lo eran por parte del presidente, el gobernador de Guanajuato Don Manuel Doblado, y los generales Don Vicente Rosas y Don Ramon Iglesias; y por parte de Oronoz el Licenciado Don Pascual Almazan, y los generales Don Ignacio Ormaechea y Don Miguel Andrade.

Nada se concluyó en aquella primera conferencia, porque los comisionados de la plaza presentaron unas proposiciones que no fueron admitidas. En ellas se decia que la guarnicion de Puebla se ponía á disposicion del gobierno, que saldria de la plaza con los honores de la guerra, y que se situaria en los puntos que el mismo gobierno designara; que el gobierno garantizaba los empleos á los generales, jefes y oficiales de las tropas sitiadas; que ni ellos ni ninguna otra per-

⁸ Véanse la comunicacion de Oronoz y la respuesta en el *Apéndice*, bajo el Núm. XXXVI.

sona de las que habian tomado parte en la revolucion, serian perseguidos ni molestados por ello; que el gobierno reconociera los contratos hechos por los jefes de la plaza para los gastos de la guerra; que el presidente proveeria á la seguridad y al órden de la ciudad, luego que se ratificara el convenio; y por último, que los heridos de la guarnicion serian asistidos en los hospitales.

Esto era imponer condiciones; y el estado en que se encontraban los sitiados de Puebla, era mas á propósito para implorar misericordia que para reclamar garantías. Circundados por todas partes, faltos de provisiones y de víveres, reducidos al último estremo, debilitados por la lucha y por sus propias discordias, relajada entre ellos la disciplina, ausentes ya ú ocultos algunos de sus jefes, ninguna resistencia podia salvarlos, ninguna esperanza les quedaba, y no tenian mas remedio que recibir la ley del vencedor. Comonfort conocia bien todas estas circunstancias, que ponian en su mano la suerte de sus enemigos. Entre ellos estaban muchos de aquellos á quienes habia salvado la vida esponiendo la suya propia; y era la tercera vez que los encontraba en frente de sí haciéndole la guerra: allí estaban tambien los que habian burlado su confianza, convirtiendo contra el gobierno las armas y recursos que habia puesto en sus manos. Prescindiendo

de los que le debían consideraciones especiales, todos le debían como individuos del ejército, la conservación de la clase á que pertenecían, porque él la había salvado de una destrucción segura contra los primeros arranques revolucionarios. En virtud de tales antecedentes, bien pudo recelar Comonfort que fueran peligrosos para la paz pública los que no habían sabido ser agradecidos, y quiso que todos quedaran á la merced del gobierno, para castigarlos por su rebelión, ó para que les sirviera de castigo hasta la clemencia que con ellos se usara.

Con esta mira, después de rechazar abiertamente las proposiciones hechas por los comisionados de la plaza, concedió el presidente á los sitiados una capitulación, reducida en sustancia á declarar, que las tropas de Puebla se sometían á la obediencia del gobierno, y que los generales, jefes y oficiales que existían en la plaza, pasarían á residir á los puntos que el mismo gobierno designase, mientras éste determinaba la manera como habían de quedar en el ejército.⁹

Trabajo debió costar á los sitiados suscribir á tales condiciones, que realmente no eran una capitulación en el sentido ordinario de la palabra, supuesto que á la fuerza se les imponían, y que á pesar de ser tan

⁹ Véase esta capitulación en el *Apéndice*, bajo el Núm. XXXVII.

duras, todavía se presentaban como una concesión del vencedor. Llamóse capitulación aquel documento, sin duda porque no había otro nombre que darle; pero en realidad no fué otra cosa que una explicación de los términos en que los de la plaza se rendían, sin que apareciera la terrible fórmula de que se rendían á discreción. Ellos sin embargo aceptaron aquellas condiciones, ó por mejor decir, se sometieron á ellas; y con esto dejaron al gobierno todos los derechos del vencedor, menos el de quitarles la vida.

Puebla respiró cuando se hizo público aquel arreglo. Poco importaban los términos á los habitantes de la ciudad desolada: él ponía fin á la tremenda lucha que tanto los había afligido; y con esto quedaba satisfecha la primera de las necesidades que sentían entonces, y logrado el más vehemente de sus deseos.

El 23 por la mañana los generales Traconis y Alvarez tomaron posesión de la plaza con algunas fuerzas del ejército, que llegarían á dos mil hombres. Hacia dos meses justos que el primero había salido de ella con su guarnición, dejando la ciudad en poder de los pronunciados. Las providencias que el presidente dictó para la seguridad pública, fueron tan acertadas y tan enérgicas, que ni un solo desorden hubo que lamentar en aquellos momentos tan críticos. Fijóse un

papel en las esquinas, que decia simplemente: "El que robe, será fusilado." Agregáronse á los cuerpos del ejército los soldados de la guarnicion de Puebla, que pasaban de 3,000, y se dejó en libertad á los que lo solicitaron; dióse orden para que los generales, jefes y oficiales se presentaran en el convento del Cármen al general Pavon; y se dictaron todas las medidas que la situacion reclamaba.

Asegurada la tranquilidad pública en Puebla, Comonfort dirigió la palabra el 24 á sus habitantes. Recordóles todo lo que habia hecho para evitar los horrores de la pasada lucha, las muchas veces que habia brindado con la paz á los partidarios de la revolucion, los esfuerzos que habia empleado para disminuirles tantos padecimientos. En medio de esto, el noble caudillo exhalaba en sentidas frases el dolor de que estaba penetrado su corazon, á la vista de aquellos estragos. Lloró enternecido sobre ellos, y maldijo indignado la guerra civil; y al recordar el triunfo con que el cielo habia coronado sus afanes, acabó con estas sencillas palabras, dignas de un héroe cristiano: "¡Demos gracias á la Divina Providencia!"¹⁰

Los habitantes de Puebla bendecian con todo su corazon aquella paz que tanto necesitaban; pero la

¹⁰ Véase esta proclama en el *Apéndice*, bajo el Núm. XXXVIII.

capitulacion no causó el mismo efecto en el resto de la República, entre los que deseaban que se impusiera á los rebeldes un ejemplar castigo. En el mismo artículo 4.^o donde Comonfort se habia reservado el derecho de imponérsele, creyeron ver muchos una impunidad que dejaba en pié los gérmenes de la rebelion, puesto que al parecer se reconocian los empleos á los generales, jefes y oficiales de la faccion vencida. Empezaron, pues, las murmuraciones, y dijeron públicamente los descontentos, que aquello habia sido una de tantas transacciones vergonzosas, que no sirviendo mas que para poner término á un conflicto, los han preparado mayores para despues, haciendo interminables en México las guerras civiles.

Pronto tuvieron que callar los que murmuraban, porque Comonfort probó que era tan justiciero como clemente, cuando la salud de la patria lo exijia. El 25 de Marzo espidió un decreto, determinando la manera como habian de quedar en el ejército los generales, jefes y oficiales capitulados. Aquella determinacion era un tremendo castigo: los generales, jefes y oficiales de la revolucion, quedaban de soldados rasos en el ejército. Seguramente no habian imaginado mayor pena los que mas clamaban porque se hiciera un escarmiento en los facciosos.¹¹

¹¹ Véase el decreto en el *Apéndice*, bajo el Núm. XXXIX.

No faltó quien sospechara que el presidente había tomado aquella resolución á consecuencia de las murmuraciones que la capitulación había suscitado, suponiendo que no había pensado en ello al concederla, y que despues, recapacitando en los términos del art. 4.º se había valido de ellos para dejar ámpliamente satisfecha la opinion de los murmuradores. La verdad es, que Comonfort siempre tuvo intencion de castigar severamente á los pronunciados, y que si el 22 de Marzo no le había ocurrido aún la pena contenida en su decreto del 25, seguramente pensaba en decretar alguna, y en no reconocer, sobre todo, grados ni empleos, cuando rechazó las proposiciones que hicieron los comisionados de la plaza. Despues, aunque seguro del derecho que tenia para dictar aquella resolución, reunió á los generales de su ejército, á varios diputados y personas notables, para que le dijeran su parecer sobre el particular; y todos opinaron que estaba en sus atribuciones, y que la capitulación le autorizaba para imponer aquella pena á los vencidos. Los amigos de la revolución se lo llevaron á mal; pero es preciso decir que no eran jueces imparciales: si hubiera dejado con sus grados y empleos á los jefes y oficiales rebeldes, tampoco se lo habrían agradecido, porque los partidos nunca agradecen nada, aunque se compongan de hombres capaces de agradecer.

El 26 de Marzo, á la una del dia, hizo Comonfort

su entrada triunfal en Puebla, á la cabeza de su ejército vencedor; pero los aplausos de que fué objeto en aquella ocasion solemne, no pudieron disipar la nube de tristeza que derramaba en su semblante la presencia de los estragos de la lucha. Sencillamente vestido de negro, sin ningun distintivo que revelara su dignidad, y sufriendo mas bien que gozando con aquella ovacion tan merecida, atravesó las principales calles de la ciudad, respondiendo con modestos ademanes y con una sonrisa melancólica á las aclamaciones de la multitud que le victoreaba, y se dirigió á la iglesia Catedral á dar gracias á Dios por el triunfo que sus armas habían alcanzado. Despues, al recibir las entusiastas felicitaciones que por su victoria se le dirijieron, repitió mas de una vez estas palabras, señalando á los edificios medio derribados: "¡Con lágrimas debían celebrarse los triunfos adquiridos á tanta costa!"

En un banquete con que fué obsequiado aquel dia, la ciudad de Puebla quiso ceñir sus sienes con una corona de laurel; pero diciendo que tales distinciones solo eran debidas á los que lidiaban contra enemigos extranjeros, ó perecian por la libertad de su patria, mandó que aquel símbolo de gloria se colocara en el sepulcro del general Avalos, encargando á Portilla que practicara aquella ceremonia con asistencia de todos los jefes y oficiales de caballería. En el mismo banquete

leyó un poeta¹² una composición en alabanza del coronel Don Manuel Aljobin, que había sido herido en la batalla de Ocotlan, y no había muerto todavía. El poeta pedía en sus versos gracia para el herido, y apoyaron la petición muchas personas de las que estaban presentes, recordando el valor y las virtudes del joven coronel. Comonfort se conmovió con aquellos vivos y palpitantes recuerdos de la lucha; y adelantándose con mucho á los deseos de los que imploraban su clemencia, digno como siempre de su fortuna y de su gloria, respondió con solemne acento: "Señores, los heridos no me pertenecen aún; los protege Dios; quedan todos perdonados." Así honraba Comonfort el valor desgraciado de sus enemigos, y de este modo celebraba sus triunfos, sin que la embriaguez de la victoria le desvaneciese un instante, ni menoscabara un punto el dominio que tenían en su corazón los sentimientos humanos y generosos.

Don Antonio Haro y otros caudillos de la revolución se habían ocultado el mismo día que la capitulación se celebraba. Lo mismo hicieron después otros muchos jefes y oficiales, que no se presentaron al gobierno, no obstante la amenaza de aplicarles la ley de

¹² Don Emilio Rey, comandante de escuadrón y ayudante del general Parrodi, quien le recomendó especialmente por su buen comportamiento en la campaña.

conspiradores, espedita por Santa-Anna; aun después de presentados se ocultaron muchos: pero con todo, pasaron de trescientos los que fueron conducidos á Izúcar de Matamoros, á las órdenes del general Pavon, para que sufrieran la pena á que los había condenado el presidente.¹³ Despedidos los cabos y sargentos, é incorporados en el ejército, ó también con licencia absoluta los soldados, estaba concluida la misión de las tropas leales, y el presidente dispuso que regresaran á la capital de la República. Hé aquí las palabras con que las despidió:

"Compañeros de armas: Nuestra grande obra queda consumada. La confianza que me inspiraban la justicia de la causa que defendíamos, vuestro valor y vuestra lealtad, ha sido coronada con un éxito brillante.

"Os habeis hecho dignos del reconocimiento de la nación, y yo á su nombre os doy las gracias.

"Volved con vuestras banderas victoriosas á la capital de la República; y tan subordinados, tan valientes, tan generosos como habeis sido en esta campaña, llevad á vuestros conciudadanos la paz

¹³ Se les conmutó esta pena por un decreto posterior que puede verse en el *Apéndice*, bajo el Núm. XL.

“ que venisteis á conquistar y el juramento de soste-
nerla.

“ Contento de vosotros, porque todos y cada uno
“ me habeis dado repetidas pruebas de adhesion y de
“ respeto al supremo gobierno, no olvidaré nunca la
“ dicha de haber sido vuestro general en jefe.”

Partió el ejército, y Comonfort se quedó algunos días en Puebla, dictando las providencias necesarias para dejar completamente restablecido y asegurado en la ciudad el orden público. Hecho esto, salió de allí el 31 de Marzo, sin aparato ni pompa alguna, con ánimo de volver sencillamente á las tareas del gobierno, como si nada extraordinario hubiera hecho durante aquella ausencia.

Pero ya entonces no le fué posible sustraerse á las manifestaciones del entusiasmo público. Hasta entonces habia podido evitar que se hicieran públicos regocijos por los plausibles pero sangrientos triunfos que las armas del gobierno alcanzaban: pero terminada en un mes la campaña de Puebla, destruida con tanta fortuna y tanta gloria una revolucion que habia inspirado tan sérios temores, y restablecida completamente la paz por que tanto habia suspirado la República, no pudo ya oponerse á que se celebraran tan faustos acontecimientos, ni privar á los va-

lientes que le habian ayudado á realizarlos, de las ovaciones que la gratitud nacional les preparaba. El congreso le habia decretado un voto de gracias; el ayuntamiento de la capital habia hecho lo mismo; era general el empeño de tributarle los honores del triunfo; y se habian hecho grandes preparativos para la gran *Fiesta de la Paz* que debia celebrarse con la entrada del caudillo vencedor. Dando un nombre tan hermoso á aquellas solemnidades, el cuerpo municipal venció todas las resistencias del presidente.

El 2 de Abril llegó éste á Tacubaya. Era precisamente el dia en que se celebraban en la Catedral y demas templos de México, unas solemnes exequias por las víctimas de la campaña de Puebla. Tan piadoso como esforzado, habia querido que se honrara la memoria de los muertos en la guerra, antes que se hicieran honores á los vivos que volvian de ella victoriosos.

El dia 3 de Abril entró Comonfort triunfante en la capital de la República, enmedio del repique de las campanas, de las salvas de artillería, de los aplausos de la multitud y de un júbilo general. Rayó en delirio el entusiasmo de aquel recibimiento. El pueblo se agolpaba en las calles del tránsito; saludaba con ardientes aclamaciones al venturoso caudillo, y regaba de flores y coronas el camino por donde pasaba. Las